



Intercambios culturales entre la Península Itálica y la Nueva España. Inventar, proteger y circular el conocimiento¹

Ma. Esther Aguirre Lora²

Lo difícil no era pasar del escenario de un pueblo al de una ciudad, sino pasar del uno al otro sin que se notara el cambio de nostalgias.

Gabriel García Márquez

Resumen. Los intercambios culturales entre naciones confrontan el arraigo de las minorías en el país de acogida, al respecto el acercamiento entre Italia y México es una historia de vicisitudes compartidas, cuyos motivos resultan fascinantes, variados y complejos, a lo largo de varias épocas, primero la evangelización, y la política de colonización, y luego el contexto independiente que abrió el cause migratorio a extranjeros de distintas procedencias y con esta la preocupación de superar lo propio, la raza, temas característicos del siglo XIX, hasta la apertura e intercambio actual entre las diversas instituciones de educación superior italianas y mexicanas. Para abordar estos procesos de producción de conocimiento se analizan algunos elementos del contexto de la migración italiana a México y momentos relevantes de la historia cultural mexicana.

Palabras clave. Intercambios culturales, historia cultural, producción de conocimiento, Italia, México

- ¹ La información procede del proyecto de investigación “Italianos en México. Producción y conservación del conocimiento (ca. Siglos XVI al XVIII)”, registrado en el IISUE, UNAM, de cuya primera fase surge el libro *Pioneros de las artes y las ciencias. Travesías culturales entre la Península Itálica y la Nueva España, siglos XVI al XVIII*, actualmente en curso de edición.
- ² Investigadora de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, UNAM. Correo: lora@servidor.unam.mx

Introducción

Pensar el acercamiento entre Italia y México en relación con los intercambios culturales, nos confronta de inmediato con el asunto del arraigo de las minorías extranjeras en nuestro país, a lo largo de las vicisitudes de una historia compartida con Occidente, donde los motivos resultan fascinantes, variados y complejos: se conjugan, inicialmente, los tempranos proyectos evangelizadores; la gestación de la política mexicana de colonización, ya en el contexto del México independiente, que se liberaba de la tutela española y abría el cauce migratorio a extranjeros de distintas procedencias, depositando en ellos la posibilidad de superar las limitaciones de lo propio, de la raza, preocupación característica del siglo XIX, hasta llegar a la actual apertura e intercambio de nuestros días entre las diversas instituciones de educación superior italianas y mexicanas.

Ahora bien ¿desde dónde plantear el acercamiento entre México e Italia, referido a los procesos de producción de conocimiento?

Mi propuesta, en la que se sustentan los ejes que estructuran este texto, consiste en trazar, en primer lugar, algunos elementos referidos al contexto de la migración italiana en México, para después proceder a señalar algunos momentos relevantes de la historia cultural mexicana que, directa o indirectamente, nos confrontan con la producción del conocimiento en distintos campos.

Escenario de la migración italiana en México

Va recordado que, en principio, México no fue un país de amplio espectro migratorio. Los años de su vida bajo el régimen novohispano, casi desde un principio, quedaron marcados por la limitación que le fue impuesta desde el imperio español —me refiero particularmente a las políticas que Isabel de Castilla estableció en su testamento con respecto a los extranjeros para sus dominios

ultramarinos—,³ al vetar el ingreso a sus terrenos a quien no fuera castellano; no obstante, se fueron colando alemanes, flamencos y de otras nacionalidades. De hecho, en el caso que nos ocupa, los primeros italianos que llegaron por estos lares actuaron al lado de Hernán Cortés como soldados; después, como misioneros en la primera fase de la evangelización. Llama la atención, sin embargo, que para 1795, de los 45 extranjeros que se reportan, hubiera 34 italianos en la capital y tres en el interior del país, desempeñando diversos oficios y profesiones: cocineros, peluqueros, libreros, fonderos, sastres, vinateros, comerciantes, guardas, médicos, un relojero, un músico, un fabricante de instrumentos matemáticos, un carpintero, un repostero, un encuadernador y un maestro de danza.⁴

Se trata, no obstante, de casos aislados, pues es hasta el siglo XIX, con la Independencia de México, cuando empezará a configurarse una política migratoria con el fin de establecer colonias en el vasto y despoblado territorio y fomentar trabajo del campo, de ahí que la gran mayoría de las migraciones que se propiciaran fueran de las poblaciones procedentes del norte de Italia.

En 1854, con Antonio López de Santa Anna se estableció la primera ley de inmigración y desde 1855 hubo algunos intentos de establecer colonias de italianos en Mazatlán y en otros lugares del país, muchas de las cuales se frustraron por diversos motivos, entre los que podemos mencionar las condiciones climatológicas, las susceptibilidades de ambas partes, las dificultades derivadas del propio trabajo e incluso, se pensaba, de la deficiente selección de los colonos.

La que sí logró concretarse, hacia 1558, fue la “Colonia modelo” en Papantla, Veracruz, planteada como un ejemplo que mostrara las bondades de la migración y animara a muchos otros a cruzar el

³ Trató de restringir, a alemanes y flamencos, que eran las nacionalidades de su nieto Carlos V, el otorgamiento de empleos y las cartas de naturalización, previendo que no desplazaran a los castellanos. Vid. Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero. 1821-1970*, vol. 1, México, El Colegio de México, 1993, p. 15.

⁴ *Idem*, p. 16.

Atlántico en busca de mejores condiciones de vida.⁵

Puede decirse que, después de estos ensayos y exploraciones aisladas, la inmigración del norte de Italia —piamonteses, lombardos, tiroleños, vénegos, milaneses, genoveses, ligures—, vinculada con la agricultura, fue la que se favoreció de manera sistemática en 1878, con base en la ley mexicana de 1875, para ir habitando, en principio, distintos poblados de Veracruz; será a partir de las condiciones de mayor estabilidad que ofrecía el gobierno de Porfirio Díaz, cuando el proyecto se fortalece con el arribo de colonos, entre 1881 y 1882, encaminados a trabajar en la agricultura y en la industria, bajo el lema recurrente “Sobran tierras y faltan brazos”.

Arribaban en medio de efusivas bienvenidas con banderitas tricolores y orquestas típicas rancheras, a lo que respondían con el grito “Viva il Messico”, y bailando a la usanza de su tierra, para ir habitando Veracruz, Puebla, Morelos... La situación, para ambas partes, no fue simple ni llana, pero algunas comunidades de italianos lograron asentarse en distintas regiones de nuestro país.

Para 1900 llegarán colonos contratados para trabajar en la construcción del ferrocarril de Motzorongo, Veracruz, cuya vía aún da servicio a la región, sólo que a la vuelta de algunas semanas, al considerar que sus condiciones de trabajo eran deplorables, realizaron la primera huelga organizada en el país planteando sus demandas en la plaza de armas del puerto de Veracruz, mostrando su experiencia en estas lides —con mayor conciencia de clase trabajadora, muchos de los cuales seguramente ya habían militado en movimientos socialistas y revolucionarios— a los trabajadores mexicanos que aún estaban sometidos a los coletazos del porfiriato.⁶

5 A partir de 1858 y hasta 1924 se registra la llegada de ocho barcos con colonos italianos: Tecolutla, llega el 26 de abril de 1858, con 200 colonos; Atlántico I, llega el 19 de octubre de 1881, con 428 colonos; Casus, llega el 27 de enero 1882 con 180 personas; Messico, llega el 24 de febrero de 1882 con 1,513 colonos; Atlántico II, llega el 25 de septiembre de 1882, con 605 colonos; en 1900, llega Centro Mercantil con 500 personas, y el San Gottardo, también con 500 personas; Spagna, llega el 7 de junio de 1924, con 300 colonos [información proporcionada por José Benigno Zilli Manica].

6 Recordemos que el General Porfirio Díaz gobernó de 1876 a 1911.

Otras participaciones inesperadas podríamos traer a colación, como es el caso del nieto de Giuseppe Garibaldi, Peppino Garibaldi, quien en medio de las luchas revolucionarias de 1911, luchó al lado de Madero con el pago diario de cinco pesos de oro y, por su participación en la toma de Ciudad Juárez, adquirió el rango de teniente coronel, ganándose la antipatía de Pascual Orozco y nada menos que de Pancho Villa, quien se opuso a que el cronista Roque González Garza dejara registrado en la historia este triunfo bajo el nombre de Peppino.⁷

Sin embargo, el caso del nieto de Garibaldi no es una raya en el agua: los italianos han sido sensibles a las luchas emancipadoras de México y esto lo podemos rastrear a lo largo de la historia hasta llegar a los años recientes: ya desde las luchas independentistas encontramos militares italianos que luchan al lado de los insurgentes, como Vincenzo Filisola, de Potenza, quien participó en la Guerra de Independencia y entró a la capital el 24 de septiembre de 1821; en la Guerra de Reforma, combatió al lado de los liberales el garibaldino Luigi Ghilardi, de Lucca, apresado en Puebla por los franceses y fusilado en 1864. En días cercanos a nosotros un cuantioso grupo de italianos fue deportado por involucrarse con el EZLN...

Puede decirse, de hecho, que los intereses de los italianos en México en el curso de la historia estuvieron orientados por cauces diferentes de los que motivaron las relaciones diplomáticas, político-comerciales con Francia, Alemania, España, Inglaterra y Estados Unidos.⁸

En apoyo a las tareas de evangelización y al estudio

Desde los primeros años de la vida novohispana, en una imprescindible labor de apoyo a los estudios universitarios, tenemos la presencia de Giovanni Paoli (¿? – 1560), originario de Brescia, que trabajaba en Sevilla como oficial de taller de imprenta, copiando o componiendo tipos para la prestigiada Editora de Juan Cromberger, y hacia 1539, aceptó el encargo de venir al nuevo

7 CPD L 36 c 8 D003801-802, *apud* González Navarro, *op cit.*, v 2, p. 435.

8 *Vid.* Franco Savarino Roggero, “Italia y la revolución mexicana (1910-1912), ponencia presentada en el congreso internacional *Dos siglos de revoluciones en México*, UNAM, UMSH, El Colegio de Michoacán, septiembre 16 al 19, 2009.

mundo para enseñar el arte de la imprenta, estableciendo el taller Casa de Juan Cromberger, la primera imprenta de América, en la Casa de las Campanas.

El Virrey de Mendoza, de común acuerdo con Fray Juan de Zumárraga, le otorgó el privilegio de la exclusividad, como era costumbre en esos años, de establecer la imprenta y de importar libros de distintos contenidos. Radicado acá y castellanizado su nombre como **Juan Pablos**, a partir de 1548 le traspasaron la editora de los Cromberger⁹ y a los pocos años, de sus prensas salieron varias obras de Alonso de la Veracruz, tales como *Dialéctica resolutio cum textu Aristótelis y Recognitio Summularum* (1554); *Physica speculatio, accessit compendium sphaerae compari* (1557), y *Speculum coniugiorum* (1559); *Vocabulario en lengua castellana y mexicana* (1555), de fray Alonso de Molina: *Diálogo de la doctrina cristiana en lengua de Michoacán* (1559), de fray Maturino Gilberti. De tal modo, si en un principio Juan Pablos edita libros que apoyaron las tareas evangelizadoras, como *la Breve y más compendiosa doctrina cristiana en lengua mexicana y castellana* (1539) que fue el primer libro editado en América, con el tiempo algunas de sus obras se emplearán en cátedras de la Real y Pontificia Universidad de México y de otras universidades hispanoamericanas.

Producción de conocimiento

Si bien la inmigración italiana en nuestro país no ha sido comparable con la que se dio en otros países latinoamericanos, como Argentina, Uruguay, Brasil, por ejemplo, esto no ha sido en detrimento de la riqueza de los intercambios y de las aportaciones a la construcción del conocimiento en distintos campos que, además de las procedentes de los hijos de los inmigrantes, se ha dado por

⁹ Los intereses de los Cromberger en nuestra región no sólo fueron editoriales; también, desde 1535, formaban parte de un grupo de alemanes que explotaban las minas de Sultepec. Su trabajo en la imprenta se canceló debido a que no satisfizo las necesidades inicialmente planteadas. Vid. Stella María González Cicero, “Juan Pablos, primer impresor en México y en América”, en *México desconocido*, febrero 15, 2009.

otras vías, inéditas; podemos estructurar las aportaciones de los italianos en México en los siguientes apartados:

- **El descubrimiento**

En este terreno podemos traer a colación al famoso padre Eusebio Francesco Chini (1645-1711), originario de una familia noble del Trento, jesuita, quien en 1678 se embarcó, con otros diecisiete misioneros –entre ellos se encontraban los misioneros Neuman y Ratkay, reconocidos por su labor en la Tarahumara por estas tierras con el propósito de participar en la evangelización, pacificación y exploración del noroeste del país, particularmente en la Pimería Alta,¹⁰ regiones que eran prácticamente desconocidas en el siglo XVII, inhóspitas e inhabitables.

Desde la primera expedición comandada por el almirante Atondo (1683) que partió de Sinaloa, lo nombraron cosmógrafo y, preocupado por establecer centros misionales y vincularlos entre sí, recorrió la vasta región; se calcula que en veinticuatro años de constantes viajes en medio de las poblaciones aborígenes recorrió, a pie y a caballo, más de siete mil leguas, que equivalen a treinta mil kilómetros, adaptándose a las más elementales condiciones de vida que le ofrecían las localidades,¹¹ eso sí, siempre provisto de un catecismo y pequeños diccionarios de lenguas indígenas, elaborados por él, y un mapamundi para mostrar a los naturales las tierras, ríos y mares por donde habían llegado los padres misioneros.¹²

Pues bien, fue precisamente en una de estas exploraciones cuando, desde lo alto de un monte, pudo observar que la California era una península y no una isla, de acuerdo con la información

¹⁰ La región abarcaba el norte de Sonora y el sur de Arizona; sus pobladores son los pápagos o papabotas, sobas, seris o tepocas y pimas altos. Otros jesuitas italianos que establecieron misiones en la zona fueron el siciliano Francisco Javier Saeta, Juan María Salvatierra y Piccolo, entre otros.

¹¹ Vid. Alfonso Trueba, *El padre Quino: misionero itinerante y ecuestre*, México, Campeador, 1955, p. 12.

¹² Vid. Eusebio Francisco Quino, *Crónica de la Pimería Alta: Favores celestiales*, Hermosillo, Sonora, México, Gobierno de Sonora, 1985, 3ª edición, p. 11.

cartográfica que, desde 1539, lograra Francisco de Ulloa. Según Quino, “desde que el pirata inglés Francisco Drake navegó por estos mares, divulgó por cosa cierta que este seno y mar californico tenía comunicación con el mar del norte y de vuelta a sus tierras, engañó a toda la Europa y casi todos los geógrafos de Italia, Alemania y Francia pintaron la California isla”.¹³ La conexión por tierra, de ambas regiones, la California y Sonora facilitaría la articulación de las misiones californianas.

Por lo demás, el padre Quino enseñó a los aborígenes diversos oficios relacionados con la construcción, con la cría de ganado y con la agricultura, proyectando diversos cultivos en las áridas tierras californianas, de los cuales es digna de mención la vid – existe, incluso, un vino de mesa, producido en la región, que se llama *Padre Kino* y, también hace un poco más de una década, Felipe Cazals hizo una película sobre él: *Padre Kino, la leyenda del cura negro* (1993).

- **El resguardo**

Por diversas circunstancias, no necesariamente previstas ni planeadas, los italianos han resguardado una parte fundamental de nuestro patrimonio: se trata de dos documentos fundacionales de la historia y de la cultura de los mexicanos:

Allá por el temprano siglo XVI, en medio de la efervescencia evangelizadora con respecto a las poblaciones originarias del Nuevo Mundo, una de las primeras dificultades constatadas, como sabemos, fue el desconocimiento de lenguas y culturas aborígenes; fruto de esta necesidad fueron numerosas gramáticas e historias que darían cuenta de las culturas locales; entre ellas destaca la *Historia de las cosas de Nueva España*, obra cimera para el conocimiento de la antigua cultura mexicana, escrita por el franciscano Bernardino de Sahagún¹⁴ a partir de una cuidadosa indagación que duró alrededor de veinte años (1547-1567), basada en códices y las aportaciones de informantes calificados.

¹³ *Idem*, pp. 78-80.

¹⁴ Nació en León, España, en 1499, y murió en la ciudad de México, en 1590.

Las circunstancias en que se trataría de publicar esta obra fueron muy difíciles, tanto para los informantes, que confiaban a un extraño sus propias creencias y experiencias siendo criticados por los suyos, como para el autor, que si bien tuvo la simpatía y anuencia de algunas autoridades, le faltó apoyo económico para que los amanuenses lo auxiliaran en la transcripción, pues por su avanzada edad ya se le dificultaba escribir.¹⁵ En 1570 se iniciaría un período muy difícil donde la obra quedó prácticamente detenida: en medio de un ambiente de envidias de sus correligionarios, críticas y aun censuras, las autoridades le solicitaron el conjunto de su obra para distribuirla entre la provincia franciscana, de modo que emitieran un juicio sobre el contenido idolátrico de los libros. Los rumores sobre su peligrosidad y el desperdicio de dinero en esas escrituras habían llegado a tal extremo que el propio Felipe II expidió una cédula real (1577) en la que prohibió la difusión y publicación de la *Historia general*, confiscando las versiones y copias que ya estaban circulando. Algunas copias las envió el propio Sahagún al Consejo de Indias y al Vaticano; otra, a solicitud de las autoridades, la entregó a su superior, fray Rodrigo de Sequera, quien la llevó a Europa en 1580. Se trataba del manuscrito en náhuatl y castellano con la colección más completa de dibujos, el cual, por azares del destino, fue a dar a Florencia y quedó resguardado en la Biblioteca Laurenciana. Estas circunstancias han hecho que a la *Historia general de las cosas de Nueva España* también se le conozca como *Códice Florentino*.

El *Códice Boturini*, es, nada menos, que la *Tira de la Peregrinación Azteca*, que contiene el relato mítico-histórico sobre el recorrido de los tenochcas-mexicas, desde su salida de Aztlán,

Se formó en la Universidad de Salamanca, donde adquirió una sólida cultura medieval, el conocimiento de la patrística y de los autores clásicos. En 1516 ingresó a la orden de San Francisco, en el momento de auge de ésta. Llegó a México en 1529, cuando privaba un ambiente de destrucción y de muerte, pues sólo habían pasado ocho años de la derrota del Imperio Azteca.

¹⁵ Bernardino se lamenta: “Mis dedos están rígidos por la edad. Ya no puedo escribir. La humanidad ignorará siempre lo que ha sido de este gran pueblo. Nuestra civilización le ha asentado un golpe tan duro que no podrá levantarse y puede ser que jamás se sepa que gran altura intelectual había alcanzado”, *apud* Miguel León Portilla, Bernardino de Sahagún. Pionero de la antropología, México, UNAM—El Colegio Nacional, 1999, p. 193.

guiados por Hutzilopochtli, hasta encontrar la señal para habitar ese lugar que el mundo conocería como la gran Tenochtitlán.

Este documento, por azares del destino, formaría parte de un nutrido e importante grupo, alrededor de 300, de acuerdo con los inventarios y catálogos de la época, de textos y documentos de los antiguos pobladores de la región —códices, mapas y crónicas, manuscritos en lenguas indígenas, genealogías, entre otros—; reunidos entre 1736 y 1743, integraron lo que sería el “Museo Indiano” del italiano Lorenzo Boturini.¹⁶

¿Cómo es que fue a dar ahí? **Lorenzo Boturini Benaducci (Villa de Sondrio, Como, Italia, 1702 – Madrid, 1755)**, de origen humilde, pero con grandes ambiciones políticas e intelectuales, se inventaría un origen nobiliario y, cercano a los Austrias, se acercó en Madrid, donde conoció a la Condesa Santibáñez, hija mayor de la Condesa Moctezuma, quien le dio carta abierta para cobrar en México la pensión vitalicia que, como descendiente de Moctezuma Xocoyotzin, le correspondía. Con este encargo, llegó a la Nueva España en 1736, sin que mediara la autorización legal que el Consejo de Indias debía dar a todo extranjero que pisara los dominios españoles, allende el mar. Pasó ocho años por acá, embelesado y como buen ilustrado aficionado al coleccionismo, compilando las historias de las apariciones de la Virgen de Guadalupe, recorriendo diversas poblaciones, visitando archivos de la Nueva España y adquiriendo documentos diversos (1736-1742), con lo cual logró reunir un valioso material histórico, de primer orden y otras piezas arqueológicas.

Sin embargo, su fervor por la Virgen de Guadalupe, aunado a la correspondencia directa con el Vaticano para lograr la autorización para coronar la imagen original como se debía y la amplia colecta de fondos que realizó entre las autoridades civiles y religiosas de la Nueva España (1742), levantaron suspicacias y develaron su condición de extranjero que viajaba por acá sin licencia de las autoridades castellanas. De modo que, para 1743, fue a dar a la

¹⁶ “Tira de la Peregrinación (Códice Boturini), en *Arqueología Mexicana*, núm. 26, México, CONACULTA-Raíces, diciembre, 2007, p. 7.

prisión y le confiscaron su colección indiana; un año después, lo enviaron de regreso a España.¹⁷ Su Museo Indiano correría la suerte de otros tantos documentos, libros y acervos mexicanos: como colección se desintegró y sus ejemplares pasaron por varias manos y reconocidas bibliotecas europeas; algunos documentos regresaron al país en los años próximos al movimiento de la Independencia.¹⁸ Actualmente, la *Tira de la Peregrinación*, junto con algunos documentos, se conserva en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. Por otra parte, la biblioteca de la Basílica de Guadalupe lleva el nombre de Lorenzo Boturini.

El legado: de maestros a discípulos

La relación entre México e Italia, en relación con distintos campos de conocimiento, ha tenido campo de prácticas privilegiado en donde las herencias, los legados en cuanto a formas de hacer y de pensar, se han transmitido de maestros a discípulos, como se muestra a continuación:

En el terreno del Arte, son diversos los campos en los que participan:

- **Litografía**

Claudio Linatti (1790 - 1832), Conde de Parma, llegó a México en 1825, años tempranos de la consumación del movimiento de independencia. Dentro de su trayectoria como activista político en la Italia que luchaba por su unificación, viajó a estas tierras motivado por el atractivo de presenciar su proceso de emancipación y de participar en la politización y civilización de un pueblo que había logrado independizarse.

¹⁷ Bertha Flores Salinas, “El viajero Lorenzo Boturini Benaducci en Nueva España, 1736-1744”, en: Bertha Flores Salinas, *México visto por algunos de sus viajeros del siglo XVIII*, México, Botas, 1966.

¹⁸ Juan B. Iguíniz, “Exodo de documentos y libros mexicanos al extranjero”, en *Boletín de la Biblioteca Nacional*, segunda época, IV, núm. 3, 1953, pp. 3-27.

Sabemos que vino a la ciudad de México con su socio Gaspar Franchini, que murió al poco tiempo, con el compromiso de establecer un taller de litografía y enseñar gratuitamente el oficio; era claro que, por su posición ideológica, no quería involucrarse en la enseñanza académica por su formalismo, de modo que más libremente integró un grupo de discípulos.¹⁹ También editó, junto con otro italiano, Galli y un poeta cubano, Heredia, *El Iris. Periódico crítico y literario* (1826), primera publicación con litografías.

Dedicada al “bello sexo”, introduce paulatinamente comentarios políticos sobre los acontecimientos mexicanos y publica la primera caricatura política, con una alegoría que representaba la tiranía. La clausura de la publicación no se hizo esperar: siete meses después del primer número, Linatti era expulsado del país.

Las litografías de Linatti hicieron escuela: se trata de grabados que muestran, desde la mirada del extranjero, diversas facetas de la sociedad de ese entonces: desde hacendados y militares hasta tipos populares, pasando por los héroes de la Independencia, cuyas aficiones y descripciones no estaban exentas de sus preferencias ideológicas.

Es famosa su colección de litografías y textos, *Trajes civiles, militares y religiosos de México*, que se publicaría en 1828 en Bélgica; en 1830 en Londres y después, traducido al español, se imprimiría en México años después.

- **Pintura**

También a pocos años de concluida la Independencia, en medio del despliegue de la conciencia de identidad en torno a 1830, **Pietro Gualdi (1808-1857)**, procedente de Módena llegó a México, como escenógrafo de una compañía operística italiana.

¹⁹ Vid. Edmundo O'Gorman (compilador), *Documentos para la historia de la litografía en México*, estudio de Justino Fernández, México, Imprenta Universitaria, 1955.

Incurсионando en la pintura al óleo y la litografía enriquecerá la colección de cuadros de paisajes urbanos característicos del Reino Novohispano —Catedral, Ayuntamiento, Mercado del Parián, Universidad—, que darían cuenta de lo propio, imágenes con las cuales los integrantes de la joven nación mexicana aprenderían a reconocerse.

Por su parte, el mexicano **Casimiro Castro** (1826-1889), destacado dibujante y litógrafo, se inició en este arte al ingresar al taller de Pedro Gualdi, siendo aún muy joven. En 1855 trabajó, junto con otros dibujantes, en la publicación del álbum *México y sus alrededores*, obra en la que se retrató desde distintas perspectivas la ciudad de México y los poblados próximos. Como en 1873 se inauguró la primera línea ferroviaria del país, que unió a la Ciudad de México con el Puerto de Veracruz, un año después, para conmemorar el evento, se contrató a Casimiro Castro para que dibujara los distintos aspectos del viaje que comprendía esta ruta; con estas bellísimas pinturas y los textos del geógrafo Antonio García Cubas, editó el *Álbum del Ferrocarril Mexicano. Colección de vistas pintadas del natural* (México, Debray, 1877).

Modernización de la Academia de San Carlos

Fundada en 1785 como Real Academia de San Carlos de las Nobles Artes, conocerá un importante momento de renovación en la que tendrán mucho que ver las escuelas italianas de pintura: la junta de consejeros consiguió que los directores de pintura, escultura y grabado invitaran a colaborar a los mejores artistas europeos, de modo que, bajo la dirección del pintor catalán **Pelegrín Clavé (1811-1880)**, formado en Roma, se favoreció una doble circulación con Italia:

Se impulsó una escuela inspirada en el modelo de los nazarenos, de modo que, a partir de 1843, el viaje de los artistas mexicanos a Roma devino una práctica constante; se trataba por lo general de pensionados (becados), o bien de aquellos más audaces que

viajaban con sus propios recursos para después obtener la pensión. La política de la Academia de San Carlos también impulsó la adquisición de pinturas, libros y la contratación de maestros en Roma.²⁰

Pero como también se estableció la política de invitar a los mejores artistas europeos para que vinieran a fortalecer la enseñanza en la Academia y apoyar las necesidades artísticas de la joven nación, Clavé propuso a **Eugenio Landesio (1810-1879)**, piemontés, excelente maestro y excepcional paisajista, formado en la tradición del Canaletto y del húngaro Károly Markó. Eugenio aceptó la invitación de su amigo y compañero de estudios en Roma y llegó a Veracruz en 1855; a través de una rigurosa y novedosa enseñanza, que integraba fundamentos teóricos, taller, excursiones y ejercicios al aire libre, estableció la cátedra de pintura de paisaje, que daría cuenta de las bellezas de estas regiones.

Tuvo varios discípulos sobresalientes; de entre ellos, el más entrañable y con mayor proyección fue **José María Velasco (1840-1912)**, quien lo reemplazaría en la cátedra de pintura de paisaje en la Academia de San Carlos. José María, a la vez que se apropió de la experiencia y conocimientos de su maestro, amplió las temáticas introduciendo motivos geográficos, arqueológicos botánicos y zoológicos e influyó en la formación de toda una generación de paisajistas mexicanos que contribuirían a construir la imagen de la nación.

- **Arquitectura**

Más allá de la amplia circulación que en los ambientes novohispanos tuvo el libro *De Architectura* de **Marco Vitrubio Polión**, ingeniero al servicio de Julio César rescatado durante el Renacimiento, las contribuciones italianas tendrían lugar hacia

²⁰ Vid. Luis Martín Lozano, “Renovación estética en la Academia de San Carlos: el purismo en la pintura de mediados de siglo”, *Arte de las academias. Francia y México siglos XVII-XIX*. México, Antiguo Colegio de San Ildefonso, 1999, pp. 59-76.

los primeros años del siglo XX, en el contexto del vasto proyecto porfiriano de remodelación y embellecimiento de la capital del país, digna de equipararse con la de cualquier otra nación civilizada, con espléndidos edificios para los sectores pudientes —sin lugar a dudas, contrastantes con otros barrios insalubres y miserables—. Es precisamente en la construcción de dos de las obras más representativas, el Teatro Nacional, que reemplazaría el anterior destruido en un terremoto, y el Palacio Postal o Correo Central, donde **Adamo Boari (1863-1928)**, arquitecto ferrarés, será uno de los principales protagonistas.

Su contacto con nuestro país se inició en 1897, al participar en el concurso internacional para construir el Palacio Legislativo y si bien no logró la concesión —obtuvo el segundo lugar—, se abrió el espacio para participar en otras edificaciones, tales como las iglesias de Atotonilco y Guadalajara, entre otras, inicialmente, hasta recibir el encargo de construir las obras señaladas, como parte de las celebraciones del Centenario.

El Palacio Postal, construido entre 1902 y 1907, cuya estructura estuvo a cargo del ingeniero militar Gonzalo Garita, de formas isabelinas con remates e impostas del gótico y plateresco español, con logias venecianas y trazos ondulantes del Art Nouveau, no desmereció frente a las edificaciones de las grandes capitales de la época.

El Teatro Nacional, o lo que más tarde será el Palacio Nacional de Bellas Artes, inicia su proyección en 1902, después de un intenso viaje de estudio de Boari por Europa y Chicago en búsqueda de nuevos conceptos arquitectónicos que pudieran serle de utilidad. La obra, sin embargo, no escapará a las vicisitudes del movimiento armado con su consecuente quiebre económico y social, de hecho, si bien la proyección inicial era que se concluyera en cuatro años, se prolongaría ¡treinta!, de los que Adamo sólo vería el inicio, pues se suspendió definitivamente en 1916 y él se regresó a Italia.²¹

²¹ Boari quiso conservar memoria de este proyecto en la carpeta *La costruzione*

Si en esta primera etapa, a cargo del arquitecto italiano, domina el estilo Art Nouveau, también es cierto que se integraron elementos procedentes de las antiguas culturas, tales como animales y plantas locales —girasoles, águilas, serpientes, coyotes, entre otros—, así como otros motivos prehispánicos —caballeros águila, por ejemplo— acordes con la arquitectura nacionalista que se deseaba impulsar, expresión del neoztequismo vigente. Boari estaba convencido que “Hoy, más que nunca, cada país debe hacer gala de sus formas arquitectónicas típicas, modernizándolas”.²²

En esta primera etapa, no sólo el arquitecto era italiano; él mismo se hizo de un grupo de herreros, escultores y pintores de origen italiano —**Fiorenzo Gianetti, Leonardo Bistolfi, Geza Mariotti, Alessandro Mazucotelli**—; también se empleó mármol de Carrara y, al inicio, la herrería se mandó a hacer en Italia.²³

La participación de Boari en México, a diferencia de la de otros arquitectos, no se limitó solamente a la proyección de edificios; se orientó a la formación de jóvenes arquitectos. De 1903 a 1912, dio clases de composición en la Academia de Bellas Artes; entre sus discípulos se cuentan los arquitectos mexicanos Manuel Ortiz Monasterio, Bernardo Calderón, Ignacio Marquina, Federico Mariscal. Fue Federico Mariscal²⁴ quien concluyó, en 1934, la construcción del Palacio de Bellas Artes, iniciada por su maestro, integrando elementos del Art Deco y organizando un grupo de trabajo en el que los mexicanos tendrían mayor participación, acordes con los nuevos tiempos que corrían.²⁵

di un teatro, donde concentró planos y dibujos de su obra, posteriormente reeditada en México: Adamo Boari, “La construcción de un teatro”, en *Cuaderno de Arquitectura y conservación del patrimonio artístico*, núm. 1, INBA, México, 1978.

²² Vid. Adamo Boari, *op. cit.*, apud Daniel Schávelzon (compilador), *La polémica del arte nacional en México, 1850-1910*, México, FCE, 1988, p. 293.

²³ Vid. Daniel Schávelzon, *op. cit.*

²⁴ Israel Katzman, *La arquitectura del siglo XIX en México*, México, UNAM, 1973, pp. 269-270.

²⁵ Carol McMichael Reese, “Nacionalismo, progreso y modernidad en la cultura arquitectónica de la ciudad de México, 1900”, en Stacie G. Widdifield (coordinadora), *Hacia otra historia del arte en México. Vol. II La amplitud del modernismo y la modernidad (1861-1920)*, México, CONACULTA, Col. Arte e imagen, 2001, pp. 175-219.

• Música

La tradición operística en nuestro país tuvo un gran desarrollo; la constante visita de las compañías de ópera desarrolló una sensibilidad en este campo, evidente desde las primeras décadas del siglo XIX; así se introdujeron Rossini, Bellini, Verdi, Donizetti, Spontini, Puccini, Mascagni y se representaron, entre 1824 y 1826, cantadas en castellano, obras tales como *Il barbiere di Siviglia*, *La italiana in Algeri*, *Elisabetta, regina de Inghilterra*, *La gazza ladra*, entre otras. Y se conocieron a cantantes tales como Maria Grissi, Luisa Tetrazzini, Emma Zilli, Adelina Patti y Filippo Galli.²⁶

La afición por la ópera, entre diversos sectores sociales, queda confirmada por la anécdota “Hasta la capital llegaban compañías de ópera italiana, tan apreciadas que hasta los bandidos de Río Frío pidieron a los artistas una audición, antes de desvalijarlos de sus pertenencias”.²⁷ E, incluso, José Gonzalo Aragón, notable empresario operístico, fundó la compañía mexicana de ópera popular.

Esta afición generalizada tendría su contraparte en el ámbito académico, en el Conservatorio de Música, fundado en 1866, donde en los contenidos de estudio, se introdujeron métodos italianos en canto y se usaron textos tales como: Método de Bordogni, Concone, Lamperti, y Estudios de perfeccionamiento de Donizetti, Rominil y Bellini (1869). Asimismo, el teatro del Conservatorio fue testigo de las puestas en escena de estos espectáculos, con la participación de maestros y alumnos, así como de cantantes internacionales; en este contexto, el músico mexicano Melesio Morales (1838-1908), maestro del Conservatorio dirigió el *Stabat Mater*; de Rossini, con gran éxito. Se hablaba de la escuela italiana como “bella, grande

²⁶ José Octavio Sosa, “La ópera en México en el siglo XIX: Filippo Galli y su compañía italiana de ópera”, en *Conservatorianos*, núm. 42, Revista del Conservatorio Nacional de Música, sept. 2007, México, pp. 42-44.

²⁷ Anne Staples, “Sociedad y educación, 1821-1857”, en *Gran Historia de México ilustrada*, v. III, México, Planeta-De Agostini, 2001, pp. 301-340, p. 327.

e inmortal”.²⁸

No obstante, que para finales del siglo XIX lo que pesaba en la formación de los músicos eruditos era la tradición francesa y la alemana, en 1883 la reestructuración del Conservatorio, a cargo de su director, el francés Alfredo Bابلot, tomó como modelo los Conservatorios de Florencia y de Milán.

En otros campos del conocimiento

Si bien en el siglo XIX los legados italianos se manifestaron con mayor fuerza en las instituciones abocadas a la educación artística, pudiera decirse que, en el curso del siglo XX, se abrió un amplio espectro de aportaciones en los campos de la medicina, la biología, la educación y, en general, de las ciencias humanas.

Directamente vinculado con instituciones de educación media superior y superior, **Vicente Lombardo Toledano (Teziutlán, Puebla, 1894** — ciudad de México, 1968), hijo de un próspero minero piamontés que llegó a México en 1861 para probar fortuna, participa de lleno en los movimientos culturales y políticos que atraviesan el siglo XX: desde su integración al grupo de los siete sabios (Vicente Lombardo Toledano, Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Teófilo Olea y Leyva, Manuel Gómez Morín y Jesús Moreno Baca), participa en la fundación de la Sociedad de Conferencias y Conciertos (1914) con el propósito de propagar la cultura entre los estudiantes universitarios, ocupa el cargo de secretario de la Universidad Popular (creada por los ateneístas en 1912), como representante de la Escuela Nacional de Jurisprudencia participa en la jura de la Constitución en Querétaro (1917), coordina cargo del Departamento de Bibliotecas de la recién reinaugurada Secretaría de Educación Pública (1921), de la Escuela de Verano para Extranjeros (1922), hasta el claro desarrollo de su carrera político

²⁸ Vid. Betty María Auxiliadora Zanolli Fabila, *La profesionalización de la enseñanza musical en México: el Conservatorio Nacional de Música (1866-1966). Su historia y vinculación con el arte, la ciencia y la tecnología en el contexto nacional*, volumen 1, México, UNAM, FFYL, tesis de doctorado en Historia, 1997.

sindical, manifestó una intención explícita e ideológicamente coherente de difundir la cultura entre los grupos de trabajadores.²⁹

Fundador del grupo Solidario del Movimiento Obrero (1922), en el que participaban Diego Rivera, Julio Torri Maynes, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Caso, J.H. Retinger y Daniel Cosío Villegas, cuyo propósito era acercar a los intelectuales con los líderes de la CROM, algunos años después expulsado de la Universidad Nacional a raíz de la polémica Caso-Lombardo, planteada en el Primer Congreso de Universitarios de 1933, en el que los polos del debate se centraron entre la libertad de cátedra o la imposición de la orientación socialista en los estudios. En 1936 inaugura la Universidad Gabino Barreda, que se convirtió en la Universidad Obrera de México, cuyo propósito era el de formar cuadros dirigentes del movimiento obrero en función de los intereses de la clase obrera, que contarán con los instrumentos fundamentales para orientar mejor sus luchas a través del conocimiento científico de la realidad social e histórica.

Por lo demás, la creación de una institución con estos fines había sido, a lo largo de los años, una de las grandes aspiraciones de la clase obrera, desde la Casa del Obrero Mundial, en 1912.

Mucho más se podría decir de la intensa y versátil vida académica de Vicente Lombardo Toledano y las izquierdas mexicanas...

En décadas relativamente cercanas, de los 70 en adelante, el diálogo en torno al campo de la educación ha sido intenso y continuo; se ha abierto un horizonte de inteligibilidad que enriquece el estudio de las prácticas, las apuestas de los protagonistas: se pueden señalar los trabajos y las estancias en nuestras instituciones de **Angelo Brócoli** (*Marxismo y Educación*, Nueva Imagen, 1977), Mario Manacorda (*Historia de la educación*, 2 vols., Siglo XXI, 1987), **Claudio Bonvecchio** (*El mito de la Universidad*, Siglo XXI, 1991, que, por cierto, se presentó a través de la Universidad de Guadalajara), **Antonio Santoni Rugiu** (*Nostalgia del maestro artesano*, UNAM, 1994; *Historia social de la educación*, IMCED, 1995).

²⁹ Alberto Saladino García, “Vicente Lombardo Toledano ante la condición humana”, en Alberto Saladino García (compilador), *Humanismo mexicano del siglo XX*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 2004, Tomo I, págs. 299-320.

En el terreno de los estudios culturales, no podemos pasar por alto que, después del estructuralismo francés y el mecanicismo de los análisis althusserianos, los escritos del marxista italiano **Antonio Gramsci (1891-1937)** recibieron mucha atención; para México la perspectiva gramsciana aportó nuevas herramientas que permitían aproximarse a la complejidad de nuestra sociedad y su riqueza cultural, refrescando el acartonamiento de los análisis marxistas en el que se había incurrido.

Fue aquí donde más se publicaron los escritos de Gramsci; sus *Cuadernos de la Cárcel* y alguna antología de sus escritos. Puede decirse que sus más significativos conceptos, tales como los de hegemonía, sociedad civil, intelectuales orgánicos, bloque histórico, entre otros, se volvieron el pan de cada día en el discurso universitario progresista, el de las izquierdas mexicanas, inscrito en el movimiento de renovación del marxismo latinoamericano.

Y no sólo eso, sino que desde la década de los setenta en los estudios universitarios progresistas han ocupado una posición privilegiada para plantearse los problemas del país y de su historia.³⁰ Sin embargo, puede decirse que en nuestros días aún falta intensificar el estudio de Gramsci y su aplicación al análisis de la realidad mexicana, renovando las traducciones y ediciones de su obra.

En el terreno de las Ciencias Humanas, la microhistoria italiana de **Giovanni Levi** y **Carlos Ginzburg**, que difiere radicalmente de la microhistoria de Luis González y González, quien exalta el valor de la vida en el terruño, constituye hoy un modo sugerente de aproximarse a la historia, aportando a la vez elementos metodológicos para aproximarse a otros universos en estudio a través del cambio de escala que propone al analizar, en una dimensión micro, la confluencia de distintos niveles de análisis.

La Universidad Autónoma Metropolitana inició su actividad, también al inicio de los años 70, en Xochimilco, bajo una estructura modular y departamental, renovadora de las tradicionales estructuras universitarias. Una de las orientaciones novedosas, de

³⁰ Vid. Arnaldo Córdova, "Gramsci y la izquierda mexicana", en *Nueva Sociedad*, núm. 115, septiembre-octubre, 1991, pp. 160-163, p. 162.

gran envergadura, fue la que imprimió a través de la especialización en Medicina Social, estudios donde admitió al lado de los médicos a otros estudiantes de diversas procedencias.

Y precisamente en esta orientación hacia la medicina social, donde una de las fuentes de inspiración procedió de las aportaciones de un grupo de médicos de Milán, próximos a la Clínica del Lavoro, herederos de la tradición de la medicina del trabajo iniciada por **Bernardino Ramazzini (1633-1717)**, autor *De morbis artificum diatriba (De las enfermedades de los trabajadores)*, famoso libro clásico sobre las enfermedades profesionales, uno de los campos privilegiados en el universo de la medicina social. Andando el tiempo, a partir de los estragos que causaría la Revolución Industrial en la vida de las poblaciones, quedaba claro que la medicina habría de ser una práctica eminentemente social, que habría de dirigirse no sólo a las clases trabajadoras sino a sectores más amplios de la población donde las condiciones miserables de vida jugaban un papel importante. ▼

Reflexión final

Podríamos continuar indagando huellas de la compleja y colorida relación México-Italia; se trata de un camino abierto, que parece no tener fin a la empresa, este texto resulta sólo un pre-texto para un primer acercamiento a un universo fascinante e inagotable.

Pero se requieren más, muchos más viajes, de ida y vuelta, donde se incluyan las aportaciones de México a Italia: el jitomate, la papa, el cacahuate, el chocolate, pero también Melesio Morales, Carlos Chávez, Diego Rivera, Tina Modotti y otros muchos.